

En la Playa

BELEN

(Conclusión)

RA ya entrada la noche. José había recorrido las calles de Belén, y llamado en todas las casas, buscando en vano quien les diese hospitalidad. En todas partes recibió la misma negativa: todas las puertas se les cerraron. Los vecinos, al ver el pobre equipaje y el humilde aspecto de los viajeros, despedíanlos diciendo que todo estaba ocupado, y no había lugar disponible.

José conforme y resignado, sufría en silencio aquella contrariedad, sin una palabra, sin el menor sentimiento de queja para con los inhospitalarios habitantes. Su pobre esposa, próxima a dar a luz, se hallaba expuesta a la intemperie, a todo el rigor del frío; ¡y no podía socorrerla! Nadie le había ofrecido un humilde rincón, donde cobijarse aquella noche. Esto apenaba el compasivo corazón del santo esposo.

El fidelísimo Benjamín lloraba de compasión viendo a María en tan gran necesidad. ¡Ah!—se decía el desconsolado joven;—los príncipes del mundo no son dignos de besar sus virginales plantas, y en Belén se le niega el rincón más humilde. No conocen a estos santos esposos. No saben quién es María. ¡Si la conociesen...! Se han burlado de mí, cuando les he referido el milagro de la curación de la lepra, para inclinarnos a la compasión... ¡No me han creído...! ¡Oh Belén, Belén! ¡Si supieras quién ha llamado a tus puertas!... ¡Pobre María!... ¡El estado en que se halla, y una noche tan fría...!

Entretanto el tiempo corría, y el frío era cada vez más intenso. José insinuó a María la conveniencia de marchar a Jerusalén o a Hebrón para pasar la noche. Al día siguiente volverían a Belén, y se inscribirían en el censo.

—Como Vos dispongais, José—dijo María con dulce resignación.

Entonces Benjamín, previendo los trabajos que iba a sufrir María si emprendían el viaje en una noche tan fría, exclamó con voz suplicante:

—¡Oh, nó! ¡Marchar, nó! Vuestro siervo buscará de nuevo posada en Belén. El Dios de Israel hará que esta vez...

Y sin terminar la frase lanzose rápido a recorrer las calles de la aldea, a llamar en todas las puertas, abrigando la esperanza de que al fin alguno se compadecería de María, que tan necesitada estaba de descanso y abrigo.

—Esperaremos, si os parece, a que regrese,—dijo José a su esposa.—Si al volver no nos encuentra, será grande su pena. ¡Pobre Benjamín, cuánto sufre por nosotros!

—El Angel del Señor le acompaña, y lo conducirá hasta nosotros,—contestó María con dulzura.—

José, al oír las palabras de su esposa, comprendió que el joven los encontraría dondequiera que se hallasen; y que por tanto podían emprender el viaje, sin esperar su vuelta. Convencido por otra parte de que, no obstante su buena voluntad, Benjamín no encontraría posada, parecióle lo mejor marchar a Jerusalén. Y los dos esposos, después de encomendarse al Señor, se pusieron en camino.

Al llegar a las afueras de Belén, vieron una gruta, o especie de cueva con cobertizo, que servía de establo a los animales. José oyó exhalar en aquel momento a su esposa un débil suspiro; y notando que iba fatigadísima, le dijo con acento de tierna compasión:

—¡Sufrís mucho, María! Lo noto en vuestro sobrealiento. No podemos llegar a Jerusalén. Quizá en esa gruta o establo...

—¡Sí; José. Entremos en él. Esa es la voluntad del Altísimo.

Al penetrar en la humilde y destaralada gruta, el corazón de José se cubrió de tristeza y dolor. Dos o tres animales descansaban en aquel establo. ¡Entre ellos iba a pasar la noche su virginal esposa! ¡Pobre María, cuán abandonada se veía de los hombres en tanta necesidad!

José limpió y arregló lo mejor que pudo un rincón junto al pesebre, que le pareció más abrigado; y en él se colocó María. Allí sentiría menos el rigor del frío, y podría descansar de las fatigas de tan largo y penoso viaje.

Poco después, María oraba sumida en altísima contemplación. José, imitando a su esposa, oraba también en silencio. Pasó una hora, y aún continuaban orando con el mismo fervor...

Era llegada la media noche. Los habitantes de Belén, después del ruido y movimiento del día, habíanse entregado al descanso. Rielaba la luna sobre la gruta, como si temiese descubrir el abandono de los hombres. Los mundos siderales detuvieron por un momento su carrera, para ser testigos del gran acontecimiento. La humanidad, olvidada quizá más que nunca de Dios, dormía indiferente a la mayor prueba de amor que de El iba a recibir. Nada turbaba el silencio profundo de la noche. Había cesado el viento, y en de-

rredor del establo era todo paz y calma. Los Angeles, que no habían salido aún del estupor que les causara la Encarnación del Verbo Divino, hien den los aires, y rodean la rústica choza, que no eran dignos de pisar los príncipes del mundo. El Espíritu Santo llena con la virtud de su divinidad el establo, palacio del Rey Divino que va a nacer... Dirige el Padre Eterno a la tierra una mirada llena de ternura y amor... El reloj de la eternidad señala la hora prefijada ab eterno para el nacimiento del Dios—Hombre...

Había llegado el momento solemne. Temblaba el infierno; callaba el mundo, y esperaba el cielo...

De repente, la gruta aparece iluminada por inusitado resplandor. José cae de rodillas, al sentir el aleteo de los ángeles, y la presencia de la Divinidad... María, en éxtasis sublime, en suavísimo arrobamiento, adora con humildad profunda el gran misterio... ¡Y de sus entrañas purísimas nace, y nace para el hombre, y nace por amor al hombre, el Unigénito del Padre, el Deseado de las gentes, el Dios de la Majestad...!

Se han cumplido las Profecías... Brilló la Estrella de Jacob... Llovieron las nubes al Justo... Tierra y cielo se han unido en estrechísimo y eterno abrazo... Ha nacido el Salvador... El hombre tiene a Dios por hermano... ¡¡Honor, gloria y bendición al Dios-Niño!! ¡¡Hosanna al divino Emanuel!!

Los Angeles anuncian la buena nueva, cantando en unísono coro el himno grandioso de paz y de amor ¡Gloria in excelsis Deo! Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...

El gran misterio se había realizado... José y María adoraron con un acto de suprema adoración al Dios-Niño, reclinado en el pesebre. El tierno Infante les sonrió; y con aquella primera sonrisa de amor sonrió en ellos a toda la humanidad.

Después... ¡Ah! después, los cielos y la tierra vieron llorar a todo un Dios.

El frío, el pesebre, las pajas, dejaron sentir sus efectos en el divino cuerpecito; y el Niño sufría, tiritaba... ¡¡lloraba...!!

María tomó en sus brazos, y alimentó con el nectar purísimo de sus pechos virginales a su divino Hijo; exaltada de admiración y amor, al contemplar a todo un Dios necesitado de sus criaturas. José callaba y adoraba...

¿Dónde estaban los hombres? ¿Cómo no acudían a bendecir y adorar a su Salvador? Los Angeles continuaban glorificando con himnos y alabanzas al Dios—Niño; pero no era por ellos, sino por los hombres por quienes acababa de realizarse el gran misterio. ¡Y los hombres no llegaban!

Fué necesario que un ángel les invitase a acudir al portal, convertido en cielo. No fueron invitados los grandes, los poderosos del mundo. Los primeros que adoraron al Dios-Hombre en aquella memorable noche fueron los pastores, gente humilde y sencilla. Con ellos llegó también Benjamín.

Este fidelísimo joven, después de recorrer las calles de Belén, sin poder conseguir de nadie el más humilde rincón, volvió desconsolado al lugar donde habían quedado José y María. Pero, ¡cuán grande fué su pena al notar que se habían marchado! El pobre Benjamín no sabía qué hacer, ni a dónde dirigirse.

Como yo no venía, se habrán decidido a marchar—pensaba el joven con tristeza.—¡Pobre María! ¡Cuánto sufrirá!... Quizá a Jerusalén... Pero no: a Jerusalén no puede ser. Cuando esta tarde hemos salido de la ciudad santa, eran numerosos los forasteros que recorrían las calles buscando posada... José los ha visto, y no se habrá arriesgado a un... A Hebrón tal vez... Sí; ahora recuerdo: también de esa ciudad han hablado... Se han dirigido a Hebrón... ¡Qué viaje para María!... Todavía los alcanzaré...

Y sin pensar más, el joven salió ligero, con la esperanza de encontrar en el camino de Hebrón a los santos viajeros.

Poco había andado, cuando de pronto vió iluminada por resplandor extraordinario la colina que rodeaba a Belén; sintiendo al mismo tiempo como una voz interior que le invitaba a dirigirse al monte. Obedeció; y antes de llegar, tropezó con un grupo de pastores. Después de saludarlos, les pre-

guntó con interés acerca del resplandor.

El pastor de más edad, con acento que manifestaba la emoción de que se hallaba poseído, refirió cuanto habían visto y oído.

Estábamos, dijo, cuidando el ganado estos y yo, en la segunda vigilia de la noche; y de repente vimos una gran luz en el monte, como si bajase del cielo. Las ovejas miraban fijas, pero no se movían ni se espantaban. Los corde-ritos saltaban y retozaban, como cuando acaban de mamar. Todo era en el ganado balidos y saltos, pero sin espantarse. Nosotros nos asustamos, sin saber qué sería aquello. En esto, se nos aparece el ángel del Señor... Si llegas un poco antes, lo hubieras visto: ha desaparecido hace un momento... Era muy hermoso, con túnica blanca; pero al verlo nos hemos llenado de temor. Entonces él nos ha hablado con mucho cariño; y se nos ha quitado el miedo.

"No temáis, pastores, nos ha dicho. Vengo a daros una noticia de grandísimo gozo. Sabed que en esta ciudad de David acaba de nacer el Salvador de Israel, el Mesías que esperáis. Id al establo; y hallareis al Niño envuelto en pañales, y recostado en el pesebre."

—¡Ella es!—exclamó Benjamín, al oír las últimas palabras del pastor.— ¡Ella es! ¡Pobre María! ¡Dar a luz en un establo, y su hijo en un pesebre!... ¡Ah! ingrata Belén!... Corramos, pastores... ¡Qué necesidad estará...!

Los pastores se sorprendieron al oír a Benjamín; pero éste les habló de María, contándoles todo lo sucedido desde que encontró en el camino a los santos viajeros, y el milagro que con él había obrado curándole la lepra.

Al llegar frente a la gruta, notaron con admiración que estaba iluminada.

—¡María!—gritó Benjamín sin poderse contener, y adelantándose a los pastores.

Pero de pronto sintiose dominado de

santo temor y profundo respeto; y se detuvo sin atreverse a entrar. Los pastores lo imitaron, deteniéndose también.

María les dirigió una mirada llena de ternura, y con dulcísima sonrisa los invitó a entrar.

Recogidos y devotos penetraron en el establo, y cayendo de rodillas adoraron al Niño, al Salvador de Israel, que estaba reclinado en el pesebre, conforme a la señal que les había dado el ángel...

Ya amanecía cuando los pastores salieron del establo, enriquecida su alma con el don de la fe, y con todas las bendiciones del cielo.

Ellos fueron los primeros apóstoles que anunciaron en Belén el nacimiento del Mesías; maravillándose los vecinos al oírles referir los prodigios de aquella memorable noche. ¡Cuántos se arrepintieron por no haber hospedado en sus casas a los dos santos esposos!...

Cuando después del destierro de Egipto, José y María fuéronse a vivir definitivamente en Nazaret; había ya fallecido la buenisima Sara. Su esposo Samuel no tardó en seguirla, pero aún tuvo el gran consuelo de ser visitado durante su última enfermedad por los dos esposos, y por el mismo Jesús.

Benjamín quiso seguir hasta Egipto acompañando a la Sagrada Familia; pero José y María no lo consintieron, por no exponerlo a los trabajos de aquel penoso destierro. El joven se despidió de ellos, y marchó a vivir a Nazaret, entrando a servir en casa de Samuel y Sara.

Su gozo fué grande cuando vió llegar de Egipto a la Sagrada Familia, y supo que se decidían a vivir en Nazaret. El y Levi, fueron de los primeros que siguieron a Jesucristo, acompañándole durante su predicación, en los tres últimos años de su vida.

EL SOLITARIO.

AL MARGEN DE LA VIDA

CONFIDENCIAS.



ARÉCEME verte hoy, amigo mío, un poco roás animado, un poco más optimista que, cuando hace unos días, nos sentamos también aquí, a la vera de este mismo añoso árbol para embriagarnos de las dulzuras y deleites, de la tierna poesía de un melancólico atardecer de Diciembre, idéntico en un todo al de hoy. ¿No ves?...

La misma paz y la misma calma en este ambiente embriagador... el mismo mar tan sereno tranquilo como entonces, el mismo cielo tan diáfano y tan azul, las mismas doradas lejanías en el horizonte, país del ensueño, a donde ya se dispone a emigrar el sol... ¿Vienes en busca de esas

dulzuras y deleites, de esa tierna poesía de que te hablé entonces y cuyas primicias comienzas ya a gustar?...

—Quizá sí, ... Yo mismo no se por qué vengo: hay algo que, sin poderlo remediar, me atrae aquí en este melancólico atardecer: algo que no puedo explicar, pero que me hace una violencia muy suave, muy dulce, a la que no me es dado resistir. Me encuentro tan bien aquí!...

—Sí: observo con agrado que hay más serenidad en tu mirada, menos asperidad en tus palabras, un destello de bienestar en tu sonrisa, un no sé qué en tu rostro y en toda tu persona, que me hacen creer que ya te vés reconciliando algo con la vida.

¡Qué sé yo!... Tal vez tengas razón: ¡sabemos tan poco los hombres de nosotros mismos!... Hay momentos en los que me parece que las heridas del corazón están ya